



MORETO. (1)

El teatro español, de riqueza proverbial mas há de dos siglos, está muy lejos de ser tan conocido como su celebridad debiera hacerlo suponer. De doscientos años á esta parte, la opinión de la Europa ha adquirido muy diversos matices, y los títulos de su gloria han sido muy diversamente apreciados, segun las variaciones que sufrieran el gusto y las doctrinas literarias. A principios del siglo XVII, y en la época en que España—próxima ya á su decadencia, aunque todavía nacion de primer orden—hacia prevalecer en todas las Córtes sus usos, sus modas y su idioma; cuando todas las naciones seguían hasta los caprichos de su literatura, no de otro modo que despues lo hicieran con la francesa; entonces su teatro era el objeto de una admiracion universal. No bien aparecian las inmortales obras de Lope de Vega, de Calderon y

hasta de sus menos célebres émulos, cuando ya se traducian allende los Pirineos, y se forjaban imitaciones mas ó menos felices, que abastecian á los teatros estrangeros. A ellas debió el gran Corneille el comienzo de su brillante carrera, y todos saben que de las obras de dos poetas españoles de segundo orden, entresacó, no solamente la idea, sino los principales resortes, y hasta los rasgos mas sobresalientes que campean en la primera tragedia y primera comedia, verdaderamente dignas del nombre que la Francia se ha conquistado.

Cambió, empero, bien pronto este orden de cosas. Oprimida la España por un despotismo ignorante, luego huyeron de ella su ingenio y poderío: salida la Francia, por el contrario, de las discordias civiles que detuvieran por largo tiempo sus progresos, elevóse como por ensalmo adonde ella misma no previera, y, lo que es mas, á la sombra del poder absoluto, pero vigoroso é ilustrado, de Luis XIV. Con esto llegó á ser la primera nacion en la política y en

(1) Tomamos de la *Revue des Deux Mondes* este artículo, que nos parece curioso y en el cual hemos hecho algunas supresiones para facilitar su insercion en el SEMANARIO.

la guerra, sin dejar por eso de obtener en la literatura y en las artes más duradera su primacía.

No de otro modo que poco antes la literatura española, la francesa adquirió su esplendor y preeminencia por la poesía dramática. Y de notar es, que en todos tiempos este ramo de la poesía, como regulador exacto del carácter moral y organización social de los pueblos, ha sido el instrumento más eficaz de esa influencia que necesariamente deben unos sobre otros ejercer, mediante á su superioridad intelectual.

Hijo el teatro francés del español, como no nos cansaremos de repetirlo, tomó no obstante diferente giro, aproximándose más al espíritu, al gusto, á las costumbres de su nación, y hasta á la naturaleza de su idioma. Racine y Molière llevaron á cabo esta revolución, y la tragedia y comedia adquirieron en sus manos la regularidad que nunca en tanto grado hubieran tenido, aun contando las obras de los antiguos. Deslumbrada la Europa con las brillantes obras de la nueva escuela, atribuyó á esta lo que en la realidad provenía del genio incomparable de aquellos dos autores. Cundió el espíritu de imitación en la Europa civilizada; de quiera el teatro se sometió á la ley de las unidades, de quiera la tragedia y la comedia, circunscritas hasta entonces no con mucha precisión, se esforzaron por revolvase dentro de sus mismas ligaduras; y el teatro español, admirado de nuevo, aunque apellidado bárbaro por el severo Boileau, cayó en el desprecio y la oscuridad, confundándose casi Lope de Vega con Hardy, pues sus obras, de un mérito indudable, presentaban exteriormente las mismas formas, las mismas irregularidades. Tan poderoso fué el fasciamento, que hasta la misma España hubo de sucumbir á él, y á pesar de su orgullo nacional, que tan poco fácil debiera hacerla para adoptar innovaciones extranjeras, se la vió desear todo lo que antes formara el objeto de su admiración, renunciar á su propia gloria, y aceptar, con las doctrinas dramáticas dominantes al otro lado del Pirineo, los anatemas lanzados contra sus mejores poetas, acusados á la sazón del crimen de no haber conocido ni conformándose con los dogmas literarios de la Francia. Hasta en Madrid expió Lope de Vega, por un ingrato olvido, los triunfos casi exagerados que en vida obtuviera; dejaron de representarse sus obras, no se habló ya de él sino como de un ingenio dotado de una facilidad brillante, pero que, abusando de los dones de la naturaleza, y prodigándolos sin tasa en concepciones monstruosas, no había dejado monumento alguno digno de arrastrar tras sí las miradas de la posteridad. Y si Calderón, Moreto y Solís cayeron menos en desgracia, debieron seguramente á la circunstancia de haberse acercado algún tanto, en las comedias de *sapa y espada*, á la observancia de las unidades y demás exigencias francesas. Por lo que respecta á las comedias históricas ó heróicas, verdaderas tragedias españolas, incurrieron en el más completo desprecio, como que les era imposible reducirse al plan de la tragedia, tal como Racine la concebiera; y no solo desaparecieron enteramente de la escena, sino que hasta los críticos españoles del siglo XVIII se ruborizaban al mencionarlas, si bien lo hacían como de caprichosos residuos del mal gusto y extravagancia de la época.

Empero, al paso que estos críticos se alaban á los extranjeros para marchitar sus más bellas glorias nacionales, algunos de entre ellos, por una chocante anomalía, se esforzaban en probar, que la reputación de que su teatro había en otro tiempo gozado, no era en modo alguno usurpada, antes bien descansaba sobre otros títulos que los que le habían sido ahora señalados. Creyendo siempre ver en Lope y Calderón los corruptores del gusto, pretendían que en época anterior, mucho antes de que los franceses adoptaran el sistema, cuya restauración, ya que no su intención, se atribuían, otros poetas españoles habían escrito tragedias y comedias regulares. En apoyo de tan estraña aserción, citaban estos críticos los nombres y las obras de escritores desconocidos y oscuros, á quienes sin embargo se empeñaban en erigir estatuas. Las teorías literarias, así introducidas en

España, no tardaron en encontrar genios que las aplicasen. Los que, si bien dotados de talento y luces, carecían no obstante del don del genio, esto es, de la originalidad, no tardaron en dedicarse á la composición de tragedias y comedias, arregladas al gusto francés por supuesto, y aunque no mal escritas ni indistramente conducidas, frías siempre y compasadas, no menos que destituidas de fuego creador. Las comedias rara vez escudieron de una medianía, si exceptuamos las de Moratín y algunos pocos autores.

Una nueva revolución iba en tanto á sufrir el mundo literario, no menos inquieto que el político. En ambos el espíritu innovador del siglo XVIII se aprestaba á derribar las formas severas y regulares del siglo de Luis XIV; todas las reglas, todos los yugos iban á ser rotos á la vez.

Voltaire fué el primero, que, innovador atrevido por esencia, debía ensanchar los límites á que habían reducido el teatro los débiles sucesores de Racine; el primero á quien cupo manifestar con el ejemplo los recursos que conservaba la tragedia, considerada bajo un aspecto no tan reducido, y bajo un punto de vista más en armonía con los ideas y costumbres de su nación: el primero, en fin, que había de revelar á la Europa el nombre de Shakespeare, muerto ciento veinte años antes; que había de dar á conocer varios fragmentos de la literatura ébica y del Indostán, y había de presentar, no sin desfigurarlas, algunas escenas sublimes, algunas situaciones dramáticas, siguiendo siempre las monstruosas composiciones de aquel genio inculto y bárbaro. Podiérase creer, según los elogios que á aquel gran poeta prodigaba, que su propósito fué, más bien deslumbrar á sus contemporáneos con una atrevida y brillante paradoja, que hacerles tomar parte en la admiración de quien él había colocado bajo su equívoca protección.

Voltaire empero abrió bien pronto sus ojos, y espantado en sus últimos años de los progresos de la nueva escuela, que tendía á dar al teatro una marcha opuesta á la de Racine y á la que le había valido tantos laureles; llegó á indignarse contra los admiradores de Shakespeare, no menos que contra sus pocos atrevidos imitadores.

La lucha entre los dos sistemas se empeñaba más y más en Francia; y si los que profesaban las doctrinas, llamadas después *clásicas*, tenían en su favor el número, el gusto y el ingenio; una fuerte reacción amenazaba al despotismo, dominante tanto tiempo en las literaturas europeas. Favorecida esta reacción, estimulada por los odios que contra la Francia provocaran los acontecimientos de su revolución, y por el espíritu de nacionalidad que en todos los pueblos despertara; manifestóse muy particularmente en Alemania, donde una literatura naciente y rica en genio y originalidad, recibía de la Inglaterra esas formas independientes y usadas, esos marcados toques que caracterizan y constituyen á las producciones contemporáneas.

Shakespeare fué el Dios de esta nueva escuela, y la admiración de la Europa entera no tardó en vengarle del escandaloso olvido, con que tanto tiempo había sido amargada su memoria, hasta en el seno de su patria. Los alemanes, principales autores de esta gran resurrección, quisieron reparar otra injusticia; quisieron rehabilitar el teatro español. Calderón sobre todo, es aun para ellos un objeto de culto, y no contentos con traducir sus principales obras, han trasladado muchas á la escena germánica, casi sin hacer en ellas ninguna alteración. Era natural, en efecto, que en el momento de desplomarse las doctrinas dramáticas, que habían arrollado á las de España, y cuando en Francia mismas iban aquellas á sucumbir; se desvaneciesen en su totalidad las sombras que por más de un siglo oscurecieron los renombres de Lope y Calderón. Tal sucedió, y tan unánimemente como había proscrito antes el teatro español, á guiso de bárbaro y grosero, hoy la Europa reconoce su riqueza y originalidad.

Decirse debe, no obstante, cómo este giro de la opinión pública en favor del teatro español, merece creerse, por muy digno que este sea de tales consi-

deraciones, efecto mas bien de la nueva direccion impresa á los ingenios, que no resultado de un esclarecido aprecio; y efectivamente, los elementos de tal reputacion fallan casi completamente fuera de España. Su teatro, el mas nacional de Europa, está tan estrechamente ligado á la historia, á las costumbres y á los usos del pais, que para bien comprenderlo, es preciso tener nociones muy distintas, que solo se obtienen träs una larga mansion en él. Algunos eruditos comentarios podrán suplir hasta cierto punto este defecto, pero el genio particular español no se ha aplicado á estos trabajos: La crítica literaria, en su infancia todavia entre nosotros, no ha producido, especialmente por lo que respecta al teatro, mas que imperfectos ensayos; añádese á esto una circunstancia mas material y decisiva, que imposibilita á los extranjeros el estudio profundo de los poetas dramáticos españoles: han llegado á hacerse tan raras muchas de sus obras, merced á nuestra grande apatia para reproducirlas, que aun en Madrid fuera dificilísimo hallar una coleccion medianamente completa: solo Calderon, repetidas veces impreso, puede exceptuarse de esta regla. No es extraño pues, que muchos criticos extranjeros, al juzgar del teatro español por un pequeño número de dramas que la casualidad les ha hecho ver, hayan hablado respecto de él tan vaga como inexactamente; y ni aun de este defecto inevitable se ha librado el mas profundo, el mas ingenioso, el mas elocuente de estos criticos, Guillermo Schlegel, autor de una bella obra acerca del arte dramático.

Sin embargo, si bien la Europa conocia muy imperfectamente á Calderon y Lope de Vega, al menos su gloria en nada se ha rebajado, y nadie les disputa hoy el lugar que tan merecidamente ocupan entre los mejores ingenios de los tiempos modernos: muy lejos de esa celebridad se encuentran, en concepto de los extranjeros, los que con aquellos dos talentos tuvieron la gloria de fundar el teatro español; sus nombres, lejos de conquistar esa aura popular que llamamos gloria, han quedado oscurecidos, y podrá decirse que sus obras, en cotejo con las de los dos citados maestros de la escena, están en aquel grado de inferioridad, que, sin admitir comparacion, explica como una reputacion secundaria se embebe y ofusca enteramente entre los torrentes de luz de un genio inmensamente superior.

No es, empero, tan exacto este aserto en el caso presente, pues, prescindiendo de que algunos poetas españoles siguieron muy de cerca las huellas de Lope y Calderon, hay uno muy esclarecido, que, en concepto de todos, puede colocarse á su nivel. Este es D. Agustín Moreto.

Moreto pertenece á la grande época del teatro español, personificada en Calderon, ó hija puede decirse, de Lope de Vega. Reinaba en aquella sazón el rey Felipe IV, de singular fisonomía, y muy en contraste con los sombríos descendientes de Carlos V. Anuncióse ya en él, no bien con planta joven hubo pisado el trono, un ardiente deseo de hacer glorioso su nombre. Creíase llamado á detener la decadencia, harto pronunciada ya, de la monarquía; á volverla la importancia y la grandeza, que tenido habia durante todo el siglo anterior. Consiguió hacer partícipe á la España de esta generosa ilusión, y la opinion pública no le disputó por algunos años el título de grande, con que el celo adulador de su ministro Olivares se afanaba por distinguirlo. Era, empero, demasiado rápido el ascenso de la España, era demasiado pendiente el plano que su estrella la hacia recorrer, para que pudiese, aun el genio mas enérgico, detener el curso de la nacion. Felipe mostrós entonces impotente asaz, y los cuarenta años de su reinado llegaron á completar el abatimiento del imperio colosal fundado por los Fernandos, los Carlos V los Felipes II.

No es de este lugar la enumeracion de las desastrosas guerras y desventajosos tratados, que, en esta época, destruyeron la preponderancia militar española, agotaron todos sus recursos, arrebatáronle no poco importante posesiones, é hicieron pasar á la Francia esa supremacia política. Baste decir que el

nombre de Felipe IV quedó arruinado y confundido con la memoria de estos desastres, que, si bien dispuestos por las faltas de sus antepasados, no dejaron de usurparle en la historia el lugar, que por su pasion á las letras parecia merecer. Fué sin embargo harto notable la proteccion que estas le merecieron, para que no pudiese reservarse con justicia una gloriosa parte de su brillantez. Amigo de los placeres y distracciones de buen tono, con que no pocas veces conseguia olvidar los pensamientos mas serios de su gobierno, dió á la Corte un carácter, que estuvo muy lejos de tener bajo el reinado de sus antecesores. Lejos de circunscribirse, como ellos, á la rigurosa etiqueta, el nuevo Monarca reunió á su alrededor, en su palacio del Buen Retiro, á todas las notabilidades literarias. Prueba de su entusiasmo por las artes es la graciosa benevolencia con que animaba y recompensaba cumplidamente los talentos del inmortal Velazquez, celeberrimo pintor de la escuela española, y casi contemporáneo de Morillo, Zurbarán, Alonso Cano y el Españoleto.

En el mismo palacio del Retiro daba con frecuencia magníficas fiestas, de cuyo realce era el principal agente las representaciones teatrales, á que era Felipe IV estremadamente apasionado; y, si crédito puede darse á una tradicion muy recibida, á su ingenio se deben algunas comedias que todavia existen, lo cual no parece improbable, pues consta, que, reuniendo en torno suyo algunos autores cómicos, se placia en improvisar con ellos escenas de comedia.

Con tan alto patrocinador, no es mucho que el arte dramático tomase un vuelo asombroso, y hasta entonces desconocido. El ocaso de Lope de Vega marcó una nueva aurora en la apacion de una multitud de jóvenes poetas, cuyas facultades hubiéranse acaso consumido en la inaccion, á no haberlas dado impulso el afable Monarca. Entre los mas distinguidos de aquellos, descollaba al frente, y aun sobre el mismo Lope, el inmortal Calderon; muy á sus alcances, y en primer término, figuraba Moreto; no lejos de estos dos, aunque á respetuosa distancia, Rojas, Solís y algunos otros.

El drama español conservó entre sus manos, y llegó á completar, las formas que antes le habian impuesto Lope y sus contemporáneos. Las diferencias entre la tragedia y comedia habian desaparecido, el drama nuevo, en quien aquellas estaban embebidas por decirlo así, reinaba esclusivamente, no ya como insurreccionado contra las reglas del arte, sino mas bien como el resultado de un sistema particular, sujeto como el de los antiguos, á principios fijos y determinados, aunque sin punto de contacto con aquellos. Hállase, con efecto, en las composiciones de Calderon y la mayor parte de sus émulos, una especie de regularidad artificial, desconocida al desordenado Lope, y que contrastaba con la osadía de aquellos auiarés; y encuéntrase no menos en el lenguaje una elegancia admirable, un giro refinado y esquisito; efecto sin duda de la cultura, que la brillante corte de Felipe IV habia introducido en las maneras de la sociedad. Pero esta misma perfeccion produjo desgraciadamente una nueva y defectuosa escuela. La afectacion en el estilo culto, el gusto de metáforas alambicadas, los pensamientos, que por extraordinarios dejeneraban en la extravagancia, hicieron deplorables progresos. Rápidamente se propagaba la nueva secta, llamada entonces del *culturismo* y del *gongorismo* despues, con alusion á Góngora, su principal propagador. Y no solamente reunia aquella bajo su bandera á la turba entera de los que, medianos escritores, buscaban en lo extraordinario y suprichoso la apariencia de originalidad y energia de que carecian, si no que ni aun los ingenios mas felices pudieron sustraerse á su influencia. No pocas veces, y á pesar de sus esfuerzos por evitarlo, desfigurábase las mejores obras con este contagio: el sentimiento de lo bello, el amor de lo natural se iban perdiendo de dia en dia: las bellezas nobles y sencillas apenas eran comprendidas, y hasta el mismo Lope, el strevido innovador, no era reputado por los presuntuosos noveles sino como un talento tímido y comun.

Tales síntomas anunciaban de una manera nada equívoca, que la decadencia de las letras debería seguir muy pronto en España á la de la política y la guerra. Pero antes de llegar á este fatal término, debía existir una época muy gloriosa para el drama, porque es ley eterna en la historia del entendimiento humano que el último término del progreso deba coincidir con la primera sacudida de los gérmenes de decadencia. Ya con esto hemos llegado á caracterizar la época á que pertenece Moreto, para hablar de cu-

Yo poeta nos ha parecido necesario tan prolijo estudio.

(Continuá.)



TERA.

(Continuá.)

Como la villa de Tera fué ganada en 1328, fué frontera de moros 163 años, que mediaron hasta la conquista de Granada, y 81 de Antequera, hasta que el Infante D. Fernando, tutor de D. Joan II, aun niño y general de sus tropas, despues de muchos trabajos, gastos y pérdida de gente y tiempo, por ser muchos los moros que tenía dentro, y por una batalla sangrienta que dieron á los cristianos, la rindió y quedó por el Rey en marzo de 1409. Despues se ganó Málaga, Ronda, Alora, Burgo, Casa-Aragonesa, y Zelenil de los Bodegas. Que los de Tera se hallaron en la toma de Málaga consta en el pleito y alegato de servicios que tuvo esta villa con el fiscal del Consejo de Hacienda sobre las alcabalas.

La gente de Tera por necesidad tenía que ser valiente, por ser la villa frontera de moros y estar media entre Antequera y Ronda, que ellos poseían. Boabdil, el Rey chico de Granada, deseoso de conquistarla, aguardó ocasión en que la gente de Tera estuviese combatiendo con los de Ronda, como todos los dias sucedía, é informado de que estaban fuera, se presentó ante ella con numeroso ejército, cuando solo había dentro mugeres, viejos y niños. Atemorizados todos trataban de entregarse; pero una valerosa muger, llamada María Hernandez Lebron, ó la Lebrona, con ánimo varonil dispuso, que todas las mugeres se pusiesen sombreros y capotes, y se asomasen á las murallas, y ella se puso una calderilla en la cabeza, por cuya causa le pusieron la Calderona, tocó tambores y la campana de rebato, y disparó algunas piedras con grande ruido, de modo que los moros creyeron, que habían sido engañados, y que la gente de Tera estaba dentro, y aunque la tuvieron cercada se fueron á tomar á Cañete la Real, que era del marqués de Tarifa, y de allí, al cabo de veinte y siete dias, se volvió á Granada.

Cuéntase de la referida Maria H. L. la Calderona la anécdota siguiente. Habiéndose juntado los principales vecinos de Tera para tratar de ir á incorporarse al ejército de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, que empezaban la conquista de Granada, el padre de la Maria entró en su casa muy triste y lloroso, y habiéndole preguntado sus hijas, que eran la dicha Maria y otras seis hermanas, cual era la causa de su pesar, les dijo el noble viejo: sabed, que vengo apesadumbrado de tener siete hijas, porque si fuérais varones, hoy saldríais con la gente de Tera, que van al ejército del Rey á ganar á Granada. La Maria le respondió: padre, V. no sabe conocer las gracias y beneficios, que le debe á Dios por ser nosotras hembras,

y no varones, porque con nosotras puede servir mejor á su Rey de esta manera: dénos V. siete maridos y llévelos á la guerra, y si los matasen, dénos V. otros siete, y si noieren estos segundos, nos puede dar otros siete, y así tendrá V. señor padre siempre siete hombres con que servir al Rey, con tener siete hijas pero si fuéramos varones solo con los siete podría servir al Rey: vea pues V. padre como es mas ventajoso tener siete hijas que siete hijos.

A dos leguas de Tera está el castillo de Turon, próximo á otro castillo y lugarejo, de donde recibían socorros por estar cerca uno de otro: aquí se acogieron muchos moros de los que salieron de Tera, y como eran prácticos en el terreno, entraban de noche, asolaban las viñas y caseríos, robaban cuanto encontraban y escapaban sin poder ser cojidos, á pesar de las tentativas que para ello se hacían, por ser muy astutos: visto lo cual y conociendo el grande daño que hacían, D. Juan Ramirez tuvo consejo con los principales del pueblo y acordaron ponerlo en noticia del Rey y pedirle su licencia y permiso, para que, la tropa que tenía en Tera, los vecinos y demas auxiliares que pudiesen juntar, emprendiesen á costa y misión de todos la destruccion de los moros de Turon. Enterado que fué el Rey, de los perjuicios que sufrían los vecinos de Tera, contestó: que D. Juan Ramirez y Guzman á su costa y responsabilidad fuese á dicha expedicion; pero que no llevase toda la tropa, ni todos los vecinos, sino que quedase la mitad de unos y otros guardando á Tera, y que los expedicionarios tuviesen salario doble: todo lo que aceptaron y cumplieron fielmente los vecinos de Tera.

Juntaron cuanta gente pudieron, prometieronles dones, y así se hallaron por lista 3240 hombres. Con esta gente bien armada marchó D. Juan para Turon por el camino bajo del lugar desmoronado de Castillejos, y cerca ya, fueron sentidos de los moros de Turon que viendo los muchos cristianos que venían, no aguardaron, desampararon el castillo y se fueron á favorecer al de Hardales.

Viendo la gente de Tera tan buen principio determinaron derribar el castillo por no poder dejar guarnicion, que les haria falta, y se dirijieron hácia Hardales. Los moros que ya sabían su venida por los de Turon, se dispusieron para defenderse fuera del castillo, porque este tenía una pared derribada, y era muy fácil entrar en él; así pues principiaron la batalla denodadamente arrojando piedras y chuzos con tal furor, que á ser igual el numero de los moros al de los cristianos y á estar tan bien armados como ellos, el éxito hubiera sido dudoso: destrozados los moros, y aterrados principiaron á retirarse á las seis de la tarde hácia el lugarejo, los cristianos los persiguieron matando á muchos, y venida la noche se suspendió la batalla: por la mañana habían desaparecido los moros, y fueron á ampararse á Casa-Aragonesa, llevándose todo cuanto tenían.

D. Juan Ramirez y su gente entraron en Hardales, que era un lugarejo de noventa y dos casas miserables, la mitad chozas de palma situadas al pié del castillo. A los seis dias se volvió á Tera, dejando allí alguna gente y desmantelando el castillo. Se tomó Hardales el 24 de marzo de 1489. Se dió parte al Rey de tan feliz suceso, é informado este de la accion, le hizo merced de Hardales y parte de su término al D. Juan y sus sucesores.

Por los años de 1463 los de Tera se veían frecuentemente atacados por los moros de Ronda, y tambien el Rey Chico de Granada, no se descuidaba en venirlos á atacar, como sucedió por tres ocasiones: en una de sus correrías los de Ronda se llevaron porción de ganados, y los de Tera, deseando vengar este ultraje, tuvieron un consejo, al que asistieron el Señor y los principales vecinos, y acordaron marchar sobre Ronda con el mayor número de gentes que pudiesen juntar, para si podían recuperar sus ganados, y cuando no escarmentarlos. Marcharon pues y luego que los moros los sintieron en sus tierras, salieron de la ciudad con doble gente, y en el Mercadillo, sitio que entonces estaba despoblado, se dió una batalla tan sangrienta, que de una y otra parte murió mucha gen-

te; mas el destrozo que hicieron los de Tera fué superior al que recibieron.

Hicieron muchos prisioneros de los principales de Ronda, y tambien dejaron en ella muchos cristianos cautivos. Los de Tera se retiraron, y los moros mandaron emisarios á tratar de ajuste y de rescatar á los prisioneros, que eran de lo mas principal de Ronda. Vinieron en ello los de Tera; pero la primera condicion que propusieron á los moros fué que para dar libertad á los prisioneros, se habian de comprometer del modo mas solemne, y bajo el mas sagrado juramento, que jamás, de allí en adelante, obligarian á los cautivos cristianos á que subiesen el agua en los saques por la mina arriba á la ciudad. Era este un trabajo tan grande, que muchos morian en la mina, la que tenia 400 escalones desde lo profundo hasta arriba en la ciudad. Hecho el pacto, los cristianos entregaron los prisioneros, y los moros los cautivos, verificándose este canjeo en la torrecilla que fué el sitio señalado por los moros.

MICHEL ESPINOSA.

VIAJE A SIGILIA Y A LA ITALIA CONTINENTAL.

Después de haber visitado, amigos viajeros, la Isla de Malta, y observado las estrañas costumbres de aquel pueblo medio africano, embarcándoos á las cinco de la tarde en un buque de vapor, descubriréis, al rayar el alba del día siguiente, el anheluroso y magnífico puerto de Siracusa, noble y antiquísima ciudad de la famosa Trinacria. Acordaos entonces, que reinó allí aquel Dionisio, cuyo poder y fuerzas inmensas hicieron temblar las Repúblicas Helónicas, cuando mas florecian en ellas las armas, las letras y las bellas artes. Acordaos, que hizo allí larga morada uno de los mas sábios filósofos de Grecia, el divino Platon, cuyas doctrinas han dado mucho realce á la moderna filosofía alemana. No olvidéis, que hizo resonar en Siracusa los celestiales acordes de su lira el poeta Simónides, y que tuvieron allí su origen, mas bien que en la docta Atenas (como vulgares escritores dejaron consignado en sus obras), la comedia griega con Epicarmo, y el arte mimico, que ha llegado á su apojeo en nuestra época. Acordaos, que Timoleon exaló allí su último suspiro, bajando á la tumba con su frente ceñida de innarrables laureles, por haber quebrantado las cadenas de la esclavitud que oprimian á Siracusa; y que fué natural de la misma ciudad Arquimedes, ese genio de todos los siglos, cuyas altas doctrinas y sublimes invenciones contemplan aun con asombro los que mas descuellan en las ciencias físicas y en la mecánica. Pero, ¡pena perecedera y fugaz es la grandeza de los imperios! El tiempo destructor, que lo sepulta todo en los abismos insondables de las tinieblas y del silencio, ha borrado toda huella de magnificencia en la moderna Siracusa, y nos ha dejado solo, como una muestra de aquella ciudad reina, parte de una gran fortaleza, llamada el *Acrópolis*, y poblada por veinte mil habitantes, los cuales en su desventura recuerdan aun con fiereza la gloria de sus antepasados, y abrigan en su pecho profundos afectos de independencia y libertad, como todos sus compatriotas, quienes han dado á conocer á los tiranos que viven, y á los pueblos de la Europa, que en Sicilia las piedras, empapadas en la sangre de sus víctimas, se convierten en hombres armados, mas valientes y mas feroces, que los guerreros fantásticos, que salieron en Tevas de las entrañas de la tierra, fecundada por los dientes del fabuloso dragon.

En la vasta campiña de Siracusa vereis, amables viajeros, los restos de sus antiguos templos y de sus régios alcázares, que fueron un verdadero prodigio del arte, como lo demuestran las pocas columnas, los pedestales y chapiteles, que se encuentran todavia, y que en aquella soledad pueden compararse á las momias del desierto, que resisten á los embates de los siglos, y se quedan como un testimonio de las numerosas caravanas, que lo atravesaron. Vereis tambien en me-

dio de los campos verdes levantarse una escalerilla, y poco mas allá una larga pared, que le sirve como de faja; el que se arrime á esta última y hable en voz baja oirá retumbar sus palabras hácia lo alto. Es esta la tan celebrada *Oreja de Dionisio*, de la cual habreis tenido acaso alguna noticia: famosa prision de estado, que habia hecho aquel tirano fabricar con mucho artificio bajo su mismo palacio, para que pudiese oír distinta y claramente las palabras, que los presos cambiaban entre sí, confiados en que estarían solos.

La fuente *Arctusa*, cuyos amores con el rio *Alfeo* cantaron los mas esclarecidos vates de la gentilidad, está rodeada hoy de cenagosos charcos, y gruesas piedras, que sirven de apoyo á las descaltas lavanderas, que van allí á limpiar su ropa.

Las fortificaciones de Siracusa se muestran ufanas al viajero, y parecen muy temibles para el que quisiere intentar la toma de la ciudad, pero resistirian muy poco á los repetidos asaltos de un esforzado enemigo, porque están mal construidas y privadas de los recursos, que ha sabido hallar el arte de la guerra en nuestros tiempos.

A seis leguas de la ínclita Siracusa, encontráreis en la escarpada cuesta de una montaña la ciudad de Noto, la cual nada ofrece, que pueda satisfacer vuestra curiosidad, á no ser la noble perspectiva de algunas casas, pertenecientes á ricos propietarios, y la amenidad de sus verjeles y de sus fructíferos jardines. Pero, no quiero pasar por alto, que en el fronton de la Academia noticense está colocada la figura de un asno en la actitud de comer las hojas de una rosa, queriendo aludir con semejante blason nuestros Académicos al *Asno de Oro* de Apuleyo, lindísimo apólogo, en que el autor cuenta, que su manso protagonista, al comer las hojas de la suave rosa, volvió á tomar por virtud mágica la humana forma, que habia perdido. Pero ese blason es muy perjudicial á los Académicos noticenses, porque, atendida su crasa ignorancia, se cree con fundamento, que todos se hayan convertido de antemano y por disposicion divina en grandes asnos sin la mas leve sospecha de que la mágica rosa les haga reconquistar su figura.

Dejando Noto y sus verjeles, os trasladareis, amables viajeros, á la ciudad de Catania, que está fabricada en las fértiles llanuras, que sirven de falda al Etna flamante, y se extienden con variado espectáculo, y como en un bello panorama, hasta las playas solitarias de un mar borrascoso y turbio. Cuando el volcan, que eleva su nevosa cumbre hasta las nubes, se prepara á vomitar las llamas interiores que lo ajetan, se oye un sordo murmullo subterráneo en la ciudad de Catania y en todos los pueblos que rodean el monte; se oyen á lo lejos fuertes detonaciones, que alerran á todos los habitantes de aquella comarca, y por último se vé bajar desde lo alto del Etna un río de encendida lava: fenómeno maravilloso, y espresado con mucha energia por Espronceda en estos dos lindísimos versos:

Allí torrentes de lava
lanza mujiente volcan.

Si queréis, amigos viajeros, mirar mas de cerca aquella famosa montaña; si queréis visitar sus aldeas, sus ricos viñedos, sus bosques espesos y sombríos, sus plantas raras y peregrinas; si queréis cazar las alimañas que allí se crían, y observar las especies diferentes de su lava, que los artifices cataneses suelen transformar en preciosas sortijas, en elegantes alfileres, en ricos brazaletes y en piedras lucidísimas, caprichosamente matizadas podreis satisfacer tan solo vuestro deseo en los meses mas calurosos del estio, porque en cualquier otro tiempo, os sentiréis acometidos en el curso de vuestro viaje por todos los rigores del invierno mas cruel, que os impedirá llegar hasta su crater, que los vates de la antigüedad describieron con colores terribles, y llamaron *Boca del negro Tártaro*. En las internas concavidades de aquel monte, se oye de vez en cuando un fuerte estruendo, ó el retumbar de fieros golpes muy parecidos á una descarga de fusilería. Empeñocles, agrigentino, segun refieren algunos historiadores de la docta Gre-

cia, arrebatado de coraje por no haber podido comprender el fenómeno, que llevamos espuesto, se avanzó á los abismos profundos del Etna, pronunciando estas palabras muy significativas: «La naturaleza se quiere escapar á mis investigaciones, pero yo voy á buscarla hasta en sus entrañas.»

Nobles y majestuosos son los edificios que adornan la bella ciudad de Catania; su cielo es despejado y risueño, su clima muy saludable, su territorio abundante en todo género de productos; y sus manufacturas de seda muy ricas pueden sostener la concurrencia con las mejores de Génova y de Francia.

Los preclaros profesores, que dictan sus lecciones en la universidad de Catania, y el crecido número de sabios que florecen en aquella ciudad, le han granjeado el afecto de los doctos, que mas desuellan entre los pueblos civilizados de nuestra época, y el alto renombre de nueva Atenas de la Sicilia.

Peró despues de haber observado las rarezas del Etna, y todo lo que ofrece Catania de mas notable, partireis, amigos viajeros, á la bella Mesina. Entonces se desplegará á vuestra vista un paisaje tan variado cuanto nuevo, que reúne en su larga perspectiva todos los encantos de una naturaleza lozana y risueña, tal como suelen describirlos los vates con viveza de colores y brío, hablando de los siglos de oro y de los placeres inocentes de la vida rústica y campesina. Entonces vereis por do quiera cabañas cubiertas de pámpanos verdes, aldeas y lugareillos poblados de labradores, amenos jardines, viñedos y praderas en donde pastan los ricos ganados, que hacen resonar el aire con sus balidos, mientras que el zagal recostado á la sombra de un frondoso castaño toca su flauta, á cuya armonía responden en dulces gorjeos los pajarillos con sus arpados lenguas.

Diez leguas antes de llegar á Mesina, encontrareis el cabo de Santo Alesis, que parece haber sido creado por el mismo Dios en un momento de paz y alegría. El ancho mar besa con suave arrullo las gigantescas rocas que le sirven de dique, y parece conjurarlas para que no se despeñen en su cristalino seno. Los barquichuelos que atraviesan el cabo, las cañoneras de los marineros que van á la pesca, el revolotear de las aves, que desfilan á su alrededor las aguas espumosas del mar, recuerdan al viajero algunas de las delicadas escenas de la virgen América, que nos describe Fenimore Cooper con su pluma de oro.

Las islas son las hijas primogénitas y privilegiadas de la naturaleza. Acordaos, amables viajeros, que Venus acompañada de las Gracias y de los Amores salió en su concha de marfil de las olas, que bañan la voluptuosa Chipre, y que el esforzado guerrero é illustre Capitan de nuestro siglo nació en otra isla.

Mesina llama en gran manera la atención del curioso viajero por su situación topográfica muy oportuna para dominar el comercio del Levante y del mar Jónico, por la seguridad de su puerto, poblado siempre de un crecido número de buques, por la magnificencia de sus palacios y la limpieza de sus calles, por el aseo de sus habitantes, por la hermosura y gracia de sus mugeres, y por su ciudadela, que servirá de baluarte á la libertad de Italia, así como hasta ahora ha servido de apoyo á la mas repugnante tiranía. Al ponerse el Sol, descubre el viajero, desde el puerto de Mesina todas las ciudades de la próxima costa de Calabria, cuyas largas fachadas y verde campiña parecen cubiertas de un tejido ligero y trasparente de fino oro, que hace un admirable contraste con el azul turquí de su celeste hueda.

Podría añadir aun mas á esta relacion, pero quiero pasar en silencio, amables viajeros, muchas particularidades, cuyo principal aprecio consiste en su novedad: así es, que dejare de describir *los Cuernos de Agrigento*, llamadas en griego lenguaje *hipogeos*, y *los templos de Júpiter Olímpico y de la Concordia de la misma ciudad*, que sirven de modelo al artista de refinado gusto, y forman el objeto de un estudio profundo para el docto arqueólogo.

No os olvideis, en fin, amigos viajeros, de llevar en vuestra maleta la obra de Domingo de Taso, príncipe de Piedra Santa y patricio palermitano, titulada

«Antigüedades ilustradas de la Sicilia.» Esta obra, que ha cobrado merecidos aplausos por las Academias de París, de Londres, de Viena, de Berlin y de San Petersburgo, os indicará todos los monumentos antiguos de aquella Isla famosa, y os servirá de manual, tanto por la exactitud de sus descripciones, como por los grabados preciosos que las ilustran y acompañan.

Sería por cierto muy larga tarea, y el argumento mas bien de un gran libro que de un breve artículo, tratar detenida y particularmente del actual estado de la Italia continental, de todos sus raros monumentos, de sus obras maestras, de los preclaros varones que florecen en ella, y sobresalen en todos los ramos de la humana sabiduría, de sus bibliotecas públicas, de sus leyes, de sus costumbres; os contentareis pues, amigos viajeros, con que os indique en otro artículo algunas de las cosas que merecen fijar vuestra particular atención.

SALVADOR COSTANZO.

MADRID POR CUATRO AGUJEROS

LA CASA DE HUÉSPEDES.

«Calla, niño, me solia decir mi madre cuando tenia yo 10 ó 12 años; calla, y no te metas á hablar de cosas que no entiendes tú, que solo has visto el mundo por un agujero.» Esta frase me hacia enmudecer, y al mismo tiempo me entristecia sobremanera, pareciéndome que era en efecto muy poca cosa un agujero para ver el mundo; y como en aquella primera edad todos tenemos tal ansia de verle, hice propósito firme, y aun no recuerdo si tambien hice juramento, de procurarme cuanto pudiese obrar por mí todos los agujeros posibles, digo, agujeros de aquellos por donde yo me figurase que se podia ver algo. Deseo fué este que se me cumplió bien pronto, y quizá mas de lo justo, porque á los 15 años ya era dueño de todas mis acciones, y con tal afición me apliqué á ver mundo, que por poco me quedé ciego.

No necesito decir que á medida que iba viendo mundo, iba viendo desengaños; noticia es esta increíble para los muchachos, indiferente y fastidiosa para los jóvenes, y vieja para los que ya han llegado adonde yo he llegado; por eso á nadie debe hablarse de experiencias que por sí mismo no ha hecho, que es como destino forzoso del hombre ciego y miserable haber de acreditar la flaqueza de su razón dando en los mismos escollos en que sin escarmiento ha visto tropezar á los que van delante. Lo que sí diré, es que aquel primer agujero de que mi madre hablaba, y que yo tenia tan en poco, es precisamente el mas estimable de la vida: es el agujero de la inocente juventud por donde al través de un vidrio de color de rosa y con mil ilusiones ópticas encantadoras, vé el hombre el mundo por primera vez en un panorama sorprendente, iluminado con rayos de luz deliciosa y mágica. Varian despues los puntos de vista, y cada uno vá siendo peor y mas oscuro, hasta que aquel paisaje ameno y brillante del primer cuadro, viene en el postrero á transformarse en un árido desierto de cielo tétrico y nubarrroso, y que allá en el remoto horizonte deja columbrar al espectador como la última vista del rápido espectáculo su propio sepulcro.

Por si alguno de mis oyentes ha inferido de este pesado exordio que cual otro Guzman de Alfarache intento emprender la narración de la historia entera de mi vida, me apresuro á tranquilizarle: una sola y breve página de toda ella es la que pienso referir.

Habia yo regresado á Madrid despues de algunos años de ausencia, y por no ser gravoso á un pariente que me dió habitación á mi llegada, me dediqué á buscar una casa de las que llaman de huéspedes; de esas que se anuncian en el Diario con asistencia ó sin ella, lo cual viene á ser lo mismo, segun la espression de un amigo mio. Bien pronto hallé una, donde comer mal, dormir peor, y vivir con tan poca libertad como sobra de inmundicia; todo á trueque de un buen puñado mensual de duros, que la patrona hallaba medio de sacarme adelantados siempre, con referirme en

largas y secretas conferencias, apuros y desgracias. Yo lo sufría todo por necesidad, y aun me llegué á persuadir de que era mi posada la mejor en su clase de todas las de la corte, atendiendo á que nunca me robaron las criadas cosa alguna, ni las amas me costaron ninguna desverguenza. También me detenía allí mi susodicho propósito de ver el mundo, porque como cada casa de huéspedes es un arca de Noé, se ahorra uno de salir á la calle para observar las diferentes alimañas que pueblan esta tierra.

Los otros huéspedes me visitaron en los primeros días, y yo me dispuse á devolverles la visita, como en efecto lo hice empezando por el cuarto de una señora viuda de un brigadier. Pasados los cumplimientos de estilo fué su primer cuidado disculparse conmigo, porque todavía á la hora que era la encontraba sin peinar, habiéndoselo impedido la precisión de contestar á una carta del Obispo de Barcelona, amigo íntimo de su difunto marido. Yo le di por respuesta (costumbre infame de mentir!) que peinada y sin peinar de todas maneras parecía bien.—No, amigo, dijo ella, eso se queda para las muchachas, pero cuando se va una acercando á los 30 años...!—Antes parece que se va V. alejando de ellos, contesté yo, y era verdad, porque ya hacía ocho á lo menos que los había cumplido; pero la pobre brigadiera se lo tragó por lisonja. Salí despues la conversación del atraso de las pagas, cosa ya tan de costumbre, que de ello se lamentan no solo los que cobran al corriente, sino hasta los que ni disfrutan el sueldo.—Quince meses me deben, decía la señora, y eso que el intendente general es amigo de mi difunto marido. El día pasado fui á ver al ministro que es hombre que debe á mi difunto marido muchos favores; pero ni siquiera me recibió, con pretexto de que S. M. le había llamado con urgencia; pero para eso tuve el gusto de decirle que se fuese en hora mala.—¿A S. E. mismo? pregunté.—No señor, prosiguió ella, pero lo dije delante de un oficial de la secretaría á quien mi difunto marido hizo toda la carrera.—Mucho se padece en la corte, le decía yo, con andar en tales pretensiones.—Hay, hijo, está como nunca esta Madrid: los hombres tan groseros y tan desconocidos que parece mentira.—(Mas ta lo ha de parecer, pensaba yo entre mí, dentro de 15 años.)—Hombre me encuentro yo por esas calles que cuando estaba de cadete en el regimiento que mandaba mi difunto marido, me andaba siempre bailando el agua delante y hoy día ni siquiera me saluda. V. crea que esta es una tierra perversa y toda desengaños.

Como estas me dijo otras varias cosas de que inferí que el agujero por donde miraba á Madrid la pobre muger tenía un vidrio negro, ó que por lo menos pasaba de castaño oscuro. Temiendo que me contagiase de su tristeza, me despedí, suplicándola que me tuviese por muy servidor suyo y de su difunto marido.

Del cuarto de aquella señora pasé al de otro vecino, hombre como de cincuenta años, con mucho pelo y todo blanco, muchas cejas y todas grises, muchos carrillos y muy colorados, muchos talegos y muy inespugnables. Su habitación estaba puesta con sencillez, pero colocados los muebles con admirable simetría y orden. Me recibió sentado á su bufete: la primera cosa de que me habló fué de que la bolsa había estado muy desanimada; la segunda de la carestía de los comestibles; la tercera de la miseria que la escasez ocasionaba; la cuarta de que en Madrid había muchos que pidiesen prestado (no habló de que hay pocos que lo den); la quinta de que corría mucha moneda falsa; la sexta de las ventajitas de la caja de ahorros; la séptima de las muchas quiebras que se hacían diariamente; y la octava de la escasez de metálico y la abundancia de billetes. Por último dió fin á su discurso haciéndome una pintura del estado económico de la corte, capaz de entristecer al mismo Creso.—En Madrid me decía señor mío todo es oropel y apariencia. ¿Ve V. en la calle de la Montera todos esos pisaverdes llenos de cadenas y sortijas? pues raro es el que tiene una peseta. ¿Ve V. en el Prado esos elegantes carruajes con sendos lacayos y magníficas libreas? pues no pagan sus dueños con las ren-

tas de diez años los créditos en contra. ¿Ve V. en una noche de ópera nueva esas señoras que llenan los palcos y deslumbran la vista con sus aderezos de brillantes? pues acérquese V. á la modista que ha hecho aquellos suntuosos trajes y le traspasará á V. su cuenta al 85 por 100 de pérdida, y de bonísima gana. Al paso que vamos, amigo, dentro de dos años nos hemos de comer los codos de hambre.

Con tan triste presagio se terminó nuestra plática, y yo me despedí consolándole con aquello de ¿quién sabe?... Ya querrá Dios.... Puede que el tiempo mejore, etc. Y añadí para inspirarle confianza, que yo me había reducido á vivir en aquella casa porque el gasto que hacía era muy inferior á mis entradas, y que prefería tal cual estrechez á tener que molestar á ningún amigo. Oyendo esto mi buen negociante me apretó la mano con aire de complacencia y salió á despedirme diciendo que yo le parecía un bello jóven y que tendría gusto en servirle en lo que se me ofreciese. No me especificó á cuanto por ciento.

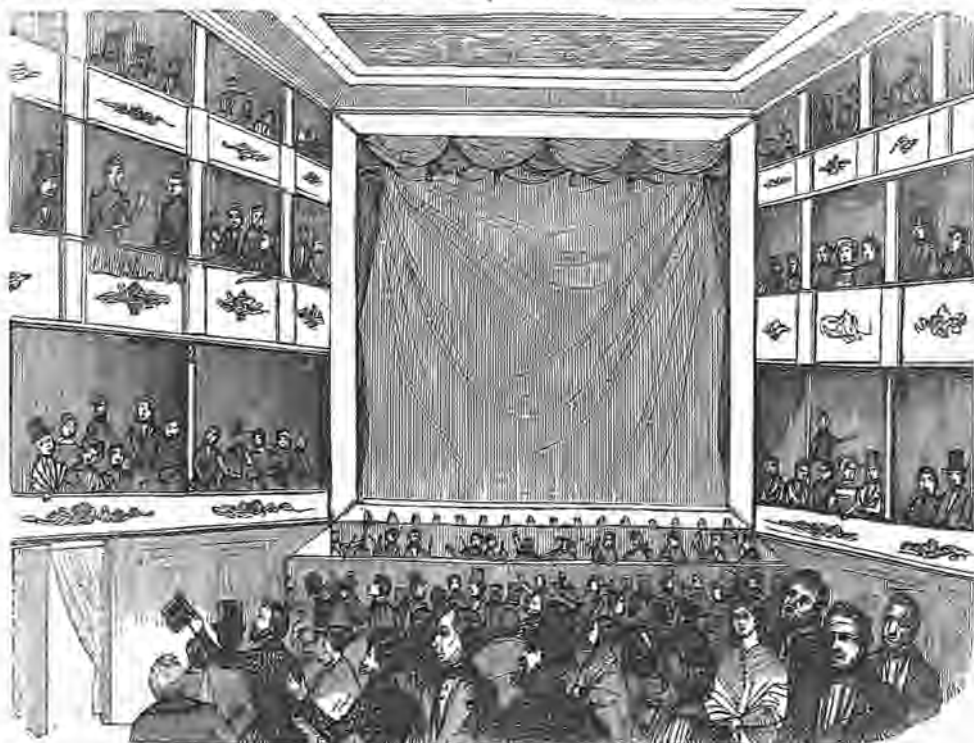
Dejé á aquel pobre rico, que miraba á Madrid por el agujero del *debe y haber*, el mas árido de todos los agujeros por donde se puede mirar el mundo, y pasé al cuarto de un jóven que habitaba pared por medio. Era aquí tanto el desorden y la extravagancia, como allí el método y la compostura. Tenía el huésped crecidas y desgredadas melenas; era largo de pescuezo, de ojos grandes y lánguidos, las mejillas pálidas y hundidas, la voz enfermiza, y el tono de ella sepulcral. Traía puesta una bata de seda, que solo encubría unos calzones de lienzo, y pensando piadosamente, otra camisa. Despues que hablamos del tiempo, y de las noticias políticas, en que mi hombre se manifestó disgustado de todos los partidos, contrario á todos los generales, enemigo de los ministros pasados, presentes y futuros, y desconfiado de todos los reyes habidos y por haber, me preguntó si era aficionado á la literatura. Dije que sí.—Que si me inclinaba á la dramática.—Dije que sí.—Que si había leído el *D. Juan de Marana*.—Dije que sí.—Es un drama grande, añadió arqueando las cejas.—Con efecto, respondí, es de los mas largos que ha visto.—No digo largo, sino grande, sublime, piramidal, repuso mi hombre. Es una concepción incomparable aquello de presentar al ángel bueno sobre el ángel malo; volar aquel, y hundirse este cuando Marana consuma el crimen; cosa de grande efecto en el teatro: la idea del mismo ángel bueno que cansado de estar en el cielo pide á la santa Virgen permiso para venir al mundo, y la de convertirle en una muger haciéndole pasar al cuerpo de sor Marta.—Pues mire V. hay quien trata todo eso de ridiculeces; le dije yo.—(Ridiculeces! contestó el literato; ¡corazones fríos, muertos para el sublime! ¿Cuándo podrian ellos imaginar aquella escena de las fantasmas con careta y dominó?—Yo le diré á V., le respondí; lo que es fantasmas de máscara, no es cosa tan original que no se vea todos los años en los salones de Villa-Hermosa. Allí he visto yo fantasmas de esas mucho mas espantosas que el ángel malo de D. Juan de Marana.—¿V. vá á bailes, segun eso, amigo mio?—Sí señor.—Yo también: mas no porque sea aficionado, sino porque gusto de ver de cerca esa sociedad corrompida de la corte; esos hombres sin imaginacion ni sensaciones espirituales, esas mugeres terrestres, positivas, mercantiles, siempre pensando en casarse, y en el sueldo del marido y en si tiene ó no tiene derecho á vindicta...—Eso efectivamente es un grau mal, respondí yo, pero consiste en la perversa costumbre de que el pan, la carne y demas frioleras necesarias para la parte material de nuestra existencia, se vende precisamente por precios de vil metal, sin que haya en el mundo quien quiera dar á cambio de espiritualismo una patata ni un mal panecillo.—Oiga V., me dijo el de la bata, tal vez lo dice V. en chanza, pero yo tengo empezada á escribir una memoria económico-política en variedad de metros, donde probaré que los hombres no pueden ser felices hasta que se vea abolido el matrimonio y el uso de la moneda, hasta que sean comunes los bienes y las mugeres tengan el derecho de elegir y desechar libremente al objeto de su amor.—Pues entonces, dije yo

levantándose, no quiero robar á V. el tiempo que necesita para trabajar en la ilustración y ventura del género humano. Nos hicimos un par de cortesías, y salí del cuarto procurando explicarme qué especie de agujero sería aquel por donde el de las greñas miraba el mundo, y la sociedad madrileña, de que tanto habla renegado.

Aun me quedaba por visitar otro cuarto huésped que era un viejo rico y solterón, áspicamente franco, bruscoamente amable, y sinceramente honrado. Me recibí abrazándose, y preguntándose por mi edad, mi estado, mi profesión, mis ideas, mis opiniones, mis gustos, mis proyectos... todo me lo preguntó y todo se lo dije sin poder reservar nada de su natural superioridad y de su experimentada perspicacia.—Siento, me dijo, que se meta V. á periodista: en España casi todos son unos badulaques; de ellos conozco que sin haber leído nada se ponen á escribir; charlan y deciden sobre todo, nada respetan... vamos, es una plaga tan contraria á la ilustración como la langosta á los sembrados. ¿Pues y los que se meten á poetas? comienzan á ensayarse por la parte sublime del arte, la cohan de filósofos, y no hay cristiano que los aguante. Hablando siempre de la misión del trovador y de la inspiración, y del entusiasmo, y cada mala copla que hacen les cuesta morderse cinco uñas, y gastar en velas de sebo lo que no les ha de dar un editor por todas sus poesías.—Yo me resentí de ver tan maltratados á los de mi gremio, y para variar la conversación, le pregunté en qué pasaba su vida.—En correr á Madrid me respondió, aburriéndome en todas partes. Voy al café, no veo más que necios metidos á políticos; voy al teatro, no veo más que monstruosos dramas pésimamente ejecutados; voy á los toros, y me fastidia el ver que no hay ya toreros como aquellos de mi tiempo. Anoche estuve en un baile... ¡qué baile! ¡qué sociedad! las mugeres insípidas, los hombres afeminados: mucho lujo y sin orquesta; se

ponen á bailar, y no saben ni quieren. Allí me senté cerca de una muchacha lindísima y que manifestaba talento y viveza: me ocurrió la idea de escuchar qué le dirían los galanes que se le llegasen: no lo querrá V. creer; como unos veinte conté que se le acercaron; el primero le dijo: á los pies de V. Conchita, ¡qué calor hace! ¿Se divierte V.? ¿ha estado V. en el Prado?... vino el segundo: Conchita, á los pies de V. ¿ha estado V. hoy en el Prado? ¿se divierte V. mucho? ¿ha visto V. qué calor? El tercero llegó y le dijo: á los pies de V. Conchita, va ha visto á V. en el Prado, hoy hace un calor insufrible; el cuarto..., el quinto y el sexto, y el séptimo, y todos (cuidado que no pondere) todos le preguntaron con las mismas palabras por el calor, por el Prado, y por las diversiones. Amigo, cuando yo era muchacho á jóvenes tan insustanciales, las mugeres los despreciaban, y los hombres los llamaban tontos.»

Poco duró tras de esto mi visita, y cuando volví á mi cuarto, recapacité sobre los diferentes aspectos que Madrid presentaba, mirado por cada uno de los agujeros de aquellos cuatro personajes. Lo gracioso es que en aquel mundo abreviado que formábamos nosotros los habitantes de la casa de huéspedes, tampoco faltaba que observar y censurar; porque el romántico para ensayar su sistema contra la moneda común y bebía sin poner en circulación un solo real; el comerciante tenía cuenta corriente con la brigadiera, él le adelantaba las mesadas á ella; y ella yo no sé qué le adelantaba á él; el ama de casa lo fignaba todo y nos lo contaba al viejo grufón y á mí, que pronto estrechamos amistad, y por hacer algo malo murmurábamos de los otros sin caridad maldita. Quien á todos nos hubiera examinado con imparcialidad, hubiera deducido que éramos todos iguales y todos malos: tristísima persuasión de que yo estaba muy lejos cuando mi madre me decía que no había visto el mundo más que por un agujero.



El cebrillo de Guadarrama va soplando con más constancia, y Madrid recobra su animación y prepara las diversiones que tan agradable hacen la mansión en él durante el invierno. Ya no ejerce el circo ecuestre el monopolio en los espectáculos públicos de la corte de las Españas, Eten que no falta todavía quien acuda por centésima vez á escuchar las sandeces del ensayo y las estópidas pantomimas. El Instituto ha abierto sus puertas para estreno de la comedia en tres actos titulada: *Fortuna te dé Dios hijo*, traducción poco notable de el Sr. Vega, pero que fué bien ejecutada; y el Príncipe, siempre bajo los auspicios de mal

agüero del Ayuntamiento, ha puesto en escena la comedia *Lo cierto por lo dudoso* y el drama nuevo de el Sr. Zorrilla *El Excomulgado*. Esta producción, como todas las de su autor, está verificada de una manera admirable y aunque la acción es sobradamente sencilla, y el interés poco sostenido, la brillantez del estilo y el lujo y riqueza de la poesía, bastan para embobear al espectador y obligarle á aplaudir con entusiasmo. En la ejecución, se distinguieron la Sra. Lamadrid (Doña Bárbara) y el Sr. Latorre. Terminada la representación, el Sr. Zorrilla recibió otra vez más en la escena el premio debido á la superioridad de su genio.